



TORRES

El 11-S reveló que, para muchos, el miedo a la libertad se ha convertido en odio a la libertad

FUERON parte de mi paisaje cotidiano mientras viví en Nueva York. Las veía dibujarse al fondo, entre la bruma matinal, cuando cruzaba La Guardia Place, camino del Campanile de Washington Square, donde tenía mi despacho de la New York University. La impresión de cercanía resultaba engañosa. Había una distancia considerable entre ellas y mi lugar habitual de trabajo, pero en la memoria se me aparecen próximas, casi inmediatas. Se cruzan, sin duda, con las imágenes de las conatadísimas ocasiones en que estuve al pie de ellas y entré en una librería situada en la planta de calle de una de las dos, no recuerdo de cuál. Cuando volví a la ciudad, pocos meses después del atentado, la Zona Cero era aún inaccesible, y la ausencia de las torres gemelas pesaba dolorosamente en todos los espíritus, como el miembro fantasma en la sensibilidad nerviosa de un paciente al que le han amputado un brazo o una pierna.

Contra lo que esperaba, ninguno de mis antiguos colegas de la universidad neoyorquina supo darme una impresión personal de los atentados. La más plástica, aunque de segunda mano, la leí, como muchos, en *The Second Plane*

(2008), de Martin Amis, que describe cómo su cuñada, que esperaba con sus niños el autobús escolar en la esquina de la Quinta Avenida con la calle 11, contempló, a las 8 horas y 58 minutos de la mañana del 11 de septiembre de 2001, el gigantesco vientre de un Boeing 767 deslizándose a escasos metros por encima de su cabeza: «Hay un modesto arco que da entrada al parque de Washington Square —escribe Amis—. El Vuelo 11 de American Airlines de Boston a Los Ángeles volaba tan bajo que tuvo que elevarse bruscamente para poder evitarlo». Fue esta imagen de prestado la que acabó por anteponerse a las otras —las emitidas por las televisiones—, desplazándolas a un plano secundario de mi memoria, quizá porque la imaginación recibe aquí un refuerzo de la experiencia. Desde el Campanile puede verse perfectamente el arco triunfal de Washington Square, y la esquina donde esperaba el autobús la cuñada de Amis queda a dos pasos del edificio de la calle 11 donde impartía mis clases.

Para mí, y supongo que para muchos más, el siglo XXI comenzó así, con una catástrofe artificial cuya realidad es todavía difícil de asimilar. Incluso sus descripciones literarias, como la de Amis, se nos antojan inverosímiles, y, por tanto, no aconsejables para la literatura, pues ya Aristóteles sostenía que, en materia de fábulas, debe preferirse lo imposible verosímil a lo posible inverosímil. Más allá del hecho terrible de los atentados, sin embargo, la destrucción del World Trade Center nos reveló algo de lo que aún hoy nos cuesta ser plenamente conscientes: que, para una parte considerable de la humanidad, el miedo a la libertad se ha convertido en odio abierto a la libertad, sin paliativos. Que la libertad, en otras palabras, no se impone como una evidencia racional, y que postularla como un valor universal no deja de ser una apuesta que ni siquiera muchos de los que se dicen demócratas están dispuestos a arrostrar, y al lamentable decenio transcurrido desde entonces me remito. Las torres gemelas no eran el símbolo de la libertad, por supuesto. Con todo, su vacío sigue llamando a defenderla.